

VI

Pasemos desde el revuelto piélagó de pasiones groseras que acabamos de atravesar, al puerto de paz y de esperanza: desde el desierto al oasis lleno de verdura y cruzado por arroyos murmurantes.

Isabel, al llegar á Madrid, fué de nuevo interrogada por la anciana religiosa acerca de sus designios.

—Si no cuenta Vd. con ningun asilo, hija mia, le dijo, en mi celda hallará una cama, hasta que tome su determinacion, y en la mesa de nuestro hospital hallará tambien su cubierto: esto se lo ofrezco con la mejor voluntad.

—Gracias, señora, repuso Isabel besando con respeto y gratitud la mano que la religiosa le tendia: aquí traigo una carta para el hermano del ama de gobierno de mi tía: creo que en su casa podré estar dos ó tres dias, hasta que halle una decente donde pueda entrar de camarera,

que es, á mi parecer, el partido más prudente que puedo tomar: solo desearia que si Vd. conoce á alguna señora que quisiera recibirme, me recomendase á ella.

—Una conozco, respondió la buena religiosa; una excelente señora, que tiene una hija como un angel; en su casa estaria Vd. apreciada como se merece, y no como criada, sino como amiga: yo la veré, no hoy, porque aún no sabe Vd. los quehaceres que tengo, puesto que tampoco sabe quién soy.

—Sé que es Vd. buena como una santa, y eso me basta, dijo Isabel.

—Soy además, dijo la religiosa sonriéndose, la superiora de las hermanas de la Caridad de los hospitales de Madrid, y tengo por Vd. una verdadera simpatía: yo acompañaré á Vd. á la casa donde va, y Vd. no deje de avisarme y de verme cuando se le ocurra algo.

En efecto, así que se apearon de la diligencia, entraron en el comedor de la fonda, y la superiora pidió chocolate, que hizo tomar á Isabel; luego las otras hermanas se fueron al hospital, y la superiora acompañó á Isabel como se lo habia ofrecido.

La tienda del hermano de Doña Ursula es-

taba hácia la mitad de la calle de Toledo; era una tiendecita muy pequeña y miserable, pero limpia y aseada.

Detrás del mostrador, habia, sentada, una mujer de edad, algo rechoncha y de fisonomía agradable.

Sobre el mostrador, y colocado en un jarrito de loza, se veia un ramo de flores cuidadosamente hecho; al otro lado dormitaba un grueso gato de piel rubia, con el pecho y las patas blancas.

Al ver á la religiosa y á la jóven, la mujer se levantó cortésmente.

—Señora, dijo Isabel, traigo una carta de Doña Ursula para su esposo de Vd., pues supongo que es á la señora de la casa á quien tengo el gusto de hablar.

—En efecto, señorita, repuso la mujer con el tono algo frio de la persona que ha sido engañada muchas veces; yo soy la señora de la casa, mi esposo no está; por consiguiente, tenga Vd. la bondad de darme la carta, y yo me enteraré de ella despacio.

Hablando así, echaba miradas recelosas sobre el pobre atavío de Isabel; sobre su cabeza, que no tenia sombrero ni abrigo alguno, y lue-

go dejaba aparecer de nuevo en su cara, llena como la de la luna, una expresión muy pronunciada de descontento.

Después de leída la carta, dijo con más frialdad todavía:

—Mi cuñada sabe que esta casa es muy pequeña para huéspedes; pero en fin, mi marido no está, y no quiero que diga que por hallarse fuera no hago yo caso de la carta de su hermana; quédese Vd., aunque será por poco tiempo.

Isabel, encarnada, trémula de vergüenza, bajó los ojos sin saber qué responder.

La pobre niña no se atrevió ni aun á dirigirla á la religiosa, temiendo comprometerla á que la llevase consigo.

—No me parece bien que, sin estar el esposo de esta señora, se quede aquí, hija mia, dijo la hermana de la caridad indignada contra aquella mujer; vengase Vd. conmigo hasta mañana.

—Señora, en mi casa mando yo, ¿estamos? exclamó la gruesa señora muy enojada.

—Lo creo así, repuso la religiosa con alguna ironía, sin embargo...

—Sin embargo, yo deseo que se quede, y espero que no se empeñará Vd. en llevársela contra mi voluntad.

—Creo que lo mejor será quedarme, dijo Isabel; yo iré á ver á Vd., señora; y le ruego que no eche en olvido lo que le he dicho.

—No lo olvidaré, hija mia; antes bien, miraré mañana mismo si le conviene á Vd.

La religiosa se dirigió al ama de la casa, y se despidió de ella, pero antes de salir, le rogó que le oyese aparte dos palabras.

La tendera fué de muy mala gana hasta la puerta de la calle, y le preguntó qué era lo que se la ofrecía.

—Señora, dijo la religiosa; esta pobre criatura no tiene ni un maravedí, permita Vd. que pague yo el gasto que ha de hacerle en los dos días que ha de estar aquí.

—¿Solo va á estar dos días?

—Espero, al cabo de ese tiempo, colocarla yo.

—Tanto mejor, repuso la comerciante; pero sepa Vd. que mi casa no es posada, y que no tiene que pagar lo que coma.

—Presumo que será muy poco, repuso la religiosa sonriéndose con tristeza; más á pesar de eso, yo quisiera remunerar á Vd.

—Y yo no admito nada.

—En ese caso, señora, dijo la hermana, solo tengo que dar á Vd. las gracias por Isabel, y

buscar á ésta pronto una colocacion para que deje de molestarla.

Aproximándose luego á la jóven, que no podía reprimir sus lágrimas, la abrazó con efusion.

—Adios, hija mia, le dijo adoptando una terna familiaridad; hoy nada tienes, nada posees, pero la Providencia no desampara jamás á los que confían en ella; ya sabes dónde estoy; si tardó en venir á verte, es que mis ocupaciones no me lo permiten, ó que me lo impiden algunos tristes deberes de mi estado; entonces ven á verme al hospital general, y en aquél asilo de la desgracia adquirirás tal vez valor para soportar tu destino, por amargo que éste sea.

Volvió á abrazar á la jóven, y salió de la tienda despues de saludar con la cabeza á la dueña de la casa.

Esta la siguió con una mirada un tanto desdenosa.

Era una mujer que rayaba ya en los cuarenta y ocho años: su cara, más ancha que larga, era colorada, y la parte más saliente de ella, sus abultadas mejillas, rojas como dos tomates maduros.

Sus ojos, negros y muy pequeños, tenían una expresion maligna, que no por eso dejaba de

ser alegre y retozona: su peinado, lleno de postizos, pues sus cabellos eran muy escasos, estaba lleno tambien de pretensiones: aquella cabeza presentaba una inmensa cantidad de rizos, trenzas, cocas y *bandeaux* en todos sentidos y en todas direcciones.

Su traje no era ménos recargado y coqueton, á pesar de componerse de cosas muy usadas: llevaba un vestido teñido, de tafetan color de lila, que por su especial matiz y su absoluta carencia de lustre, más bien parecia percalina: el escote del traje, aunque era bastante alto, dejaba ver algo más de lo que la decencia permitia, pues la excesiva gordura de la pobre mujer se oponia á todas las leyes del decoro, y podia llamarse *culpable*.

Su enorme talle, tan apretado que parecia una morcilla atada, estaba embutido en un alto y emballenado corsé, y cubierto despues con el cuerpo de su vestido tres dedos más pequeño de lo que necesitaba ser, y por un pañuelo de tul blanco bordado á cadeneta.

Isabel, tímidamente retirada en el ángulo en que se habia quedado cuando se marchó la religiosa, echaba de cuando en cuando una mirada furtiva hácia la tendera.

Una de aquellas miradas resbaló sin saber cómo, hasta el frontispicio de la tienda, en el que leyó:

Ciriaco Maestre.—Géneros ultramarinos de Madrid y del extranjero.

A pesar de su tristeza, Isabel no pudo menos de sonreirse al pensar qué géneros ultramarinos se criarían en la coronada villa.

Luego volvió á mirar el colorado rostro de la tendera, y se dijo que aquellas facciones, á través de su petulancia y de la expresion de mal humor que tenían en aquel instante, respiraban cierta bondad, ó, á lo ménos, cierta alegría que le parecia de buen agüero.

Visto que nada le decia la tendera, se atrevió ella á dirigirle la palabra, aunque con voz que temblaba.

—Señora, le dijo: ¿quiere Vd. mandarme alguna cosa de la casa? ya que no pueda recompensar la generosa hospitalidad que Vd. me concede, pues estos favores solo alcanza á pagarlos una eterna gratitud, ¿no tendría Vd. en qué ocuparme?

—En verdad no sé en qué pueda ocupar á Vd., repuso secamente Doña Escolástica, pues este era el nombre de la tendera.

—¿No tiene Vd. nada de costura que darme? ¿algún bordado? ¿una calceta siquiera?

—No, señora, repuso Doña Escolástica: solo me hacia falta hoy quien desempeñase la cocina, porque he despedido á la criada, y yo, como ya estoy vestida...

Y la señora echó una mirada de complacencia, y casi de admiracion sobre su vestido lila.

—Yo sé algo de cocina, observó Isabel, y me tendré por dichosa en poder descansar á Vd.

—¿Sabe Vd. de cocina?

—No mucho: pero algo, si señora.

—¿Pues no es Vd. sobrina de la rica viuda de Megía en cuya casa está mi cuñada?

—Así es en efecto: pero si mi tía es rica, yo soy muy pobre.

—No entiendo eso, dijo la gruesa señora.

—Yo se lo explicaré á Vd.: el esposo de mi tía y mi padre eran hermanos, y pobres los dos; la rica era mi tía: el hermano de mi padre enriqueció por su matrimonio: mi padre quedó siendo capitán de ejército; y de capitán murió, dejándome por únicos bienes una orfandad de seis reales diarios.

—¡Ah! ¿luego Vd. disfruta pension? pregun-

tó Doña Escolástica mirando á Isabel con menos ceño.

—Sí, señora: de seis reales, como he tenido el honor de decir á Vd.

—No es mucho, dijo la tendera; pero es algo.

—De eso poco pagaré yo á Vd. el hospedaje que me concede, así que cobre la primera mensualidad.

—Ya he dicho á la hermana, repuso muy picada Doña Escolástica, que esto no es posada: ¿pero cómo es que Vd. sabe de cocina, siendo hija de un capitán y sobrina de la viuda de Megía?

—Porque conociendo yo que era pobre, y recordando que mi buena madre me decía muchas veces que era muy útil saber de todo, me acercaba á la cocina, siempre que me era posible, para ver confeccionar los guisos á la cocinera, y algunos se me han quedado en la memoria.

Al oír estas palabras, los pequeños ojos de la esposa de D. Ciriaco Maestro brillaron de alegría.

Uno de sus grandes placeres era la glotonería: pero era al mismo tiempo tan sumamente económica, que sus cocineras, aun las más hábiles, no podían complacerla, porque siempre se estaba quejando del gasto excesivo que la originaban sus habilidades.

Creía que todas le sisaban, y acaso no le faltaba razón.

Mientras hablaba Isabel, pensaba ella de esta suerte:

—Esta es una chica fina, que no sabrá robar, y además depende de mí los días que esté: así es que regalará mi paladar á poca costa.

—Y bien, querida mía, le preguntó: ¿sabe Vd. hacer pastelillos de manzana?

—Al menos, señora, los he visto hacer: respondió sonriendo Isabel: ¿pero quién los llevará al horno?

—Por eso no hay que apurarse: la portera de aquí junto, á la que doy la comida que sobra: yo iré ahora mismo á comprar lo que haga falta y no haya en casa: hágame Vd. la lista.

Isabel pasó al lado del mostrador, y tomando pluma y papel, que le daba la tendera, escribió la lista de las cantidades y de los artículos que entraban en los deseados pastelillos.

—¡Cáspita! ¡qué linda letra! dijo. ¡Qué buena forma! veamos, veamos..., de todo esto hay en casa... solo faltan dos ó tres cosas que iré á buscar ahora mismo.

Doña Escolástica se inclinó, y sacó de un estantito que había al lado del mostrador y con-